

DE NUESTRO AMBIENTE

Hacer política

M han dicho que va usted á entrar en la política—me dijo mi amigo.

—¿Y qué es eso de entrar en la política?—le pregunté, fingiendo ignorar lo que quería decirme.

—Vamos, que va usted á hacer política activa.

—¿Y en qué se diferencia la activa de la pasiva, ó de la que no lo es?—volví á preguntarle.

—Vamos, sí, quiero decir...

—Vengamos, no, que no sabe usted lo que quiere decirse.

—Pero, ¿es cierto ó no lo que me han dicho?

—Lo cierto es, amigo mío, que hace años, muchos años, vengo haciendo política en España, vengo trabajando en la medida de mis fuerzas y en el círculo de mi acción, por fraguar opinión pública, ya sobre un problema, ya sobre otro, en nuestra patria, único modo de que las libertades, todas esas nuestras libertades legales, de que tanto cacareamos, no resulten estériles. Pues usted comprenderá que la libertad de volar sería una cosa perfectamente inútil en el vacío, y que es inútil decretar la libertad de pensamiento ó la de conciencia donde no se piensa ó no se es consciente. Y nuestra labor debe ser la de ejercer las libertades que la ley nos concede.

—Sí, pero...

—No hay pero que valga. Hacer política es, ante todo y sobre todo, hacer opinión pública, fraguar conciencia colectiva, y no hacer elecciones. Y usted, al preguntarme si iba á entrar en la política, lo que me preguntaba es si pienso alistarme en un partido político, sea el que fuere, con vista á un acta de diputado ó senador.

—Hombre, yo creo que el mejor y mayor perorador hoy en España es el Parlamento...

—Y son ustedes legión los que piensan así. Sólo que yo no les acompaño, y hasta creo que una voz que suene en aquella campana neumática, tiene que sonar mal, muy mal. Allí se embota todo. Y se embota porque aquello no representa á la opinión pública española. Y, en gran parte, porque esta opinión apenas existe. Y la opinión hay que hacerla fuera de allí y no desde allí. Añadiéndole á usted que en mi vida pública, ó, si usted quiere, política, he pronunciado algunos discursos de resonancia, y que dudo mucho de que la hubiesen tenido mayor pronunciados en el Parlamento.

—¿De modo que usted cree que Costa hizo bien al no ir á ocupar su escaño en el Congreso?

—Hizo requetebien. Habrían acabado riéndose de él los beocios y filisteos aquellos que ríen las mayores gansadas, y el pobre Costa, enfermo como estaba, corría riesgo de haberse

quedado un día allí muerto de un ataque de indignación. Y el responso fúnebre habría sido terrible. Más terrible aún que las exequias parlamentarias á Canalejas, y cuidado que éstas fueron de una terribilidad que asusta. No he conocido mayor diligencia que la de nuestro Parlamento en enterrar á sus muertos.

—Y eso, ¿á qué lo atribuye usted?

—A que allí no hay vivos, aunque se nos quiera hacer creer lo contrario. Los vivos de allí son muertos y muy muertos.

—Será que se hacen los muertos de puro vivos.

—No, es que se hacen los vivos de puro muertos. Porque lo que espanta es el ambiente de mediocridad, de ramplonería, de mentecatez que allí se respira. Los que pasan allí por listos, llevados á otro ámbito, á un ámbito verdaderamente intelectual, resultan unos perfectos majaderos. Así, como suena, majaderos.

—Pues el modo de corregir eso sería ir allá.

—No, el modo de luchar contra eso es martillar un día y otro, desde el periódico, desde la tribuna, para hacer opinión pública. No es el Parlamento el que ha de hacer la opinión pública, es la opinión pública la que debe hacer un Parlamento no ficticio. Y los males que al Parlamento se le achacan, no son sino de los Parlamentos que no brotan de la opinión. Y meterse en política, en el sentido en que usted lo entendía, no quiere decir otra cosa que ingresar en uno de esos partidos que tienen opción en el encasillado oficial á tantos ó cuantos puestos. Eso no es política, se lo repito, eso es electorearía.

—Pero, ¿es que las elecciones no son parte de la política?

—Sin duda que lo son; pero donde no las hacen los Gobiernos conchabados con los partidos. Es decir, donde los ciudadanos no se presentan á los cargos públicos, sino que los presentan sus conciudadanos.

—Pero eso es un ideal...

—Una vez estuve, amigo mío, á punto de poder obtener una representación parlamentaria que no había buscado, pero no se podía consentir que fuese uno así, desligado de compromisos de partido, fuera de todo encasillado. Eso es muy grave. Hubiera sido con el marchamo de un partido, aunque fuese el más radical, y al parecer opuesto al Gobierno—y digo al parecer, porque aquí todos los partidos están con todos los Gobiernos, sobre todo si éstos les reparten credenciales—y habría conseguido la representación. El que no es llevado por un partido, es un intruso allí. Y acaso un hombre peligroso.

—De todo lo cual se deduce que usted cree que, de un modo ó de otro, de-

ben ir allá personas que hoy, con el actual régimen, no pueden ir.

—Se equivoca usted, amigo mío, de medio á medio, y se equivocan cuantos creen que los que dirigimos dietarios al Parlamento es por hacerle la corte. Y se equivocan más aún si viven en Madrid.

—Y ¿por qué, si viven en Madrid?

—Porque en esa Villa y Corte, centro de muchas cosas, y entre otras, de la mala vida que tanto encanta á ciertos espíritus, al parecer ponderados, una de las cosas más difíciles de lograr y conservar es el orgullo, y sin una cierta dosis de orgullo se hace costosísimo comprender que haya quienes desdeñen las vanidades que más se cotizan en esa feria de ellas. Y una de las más infantiles vanidades, es la de formar parte de un Parlamento. Junto á la cual hay otras de que ya otras veces hemos hablado y volveremos, creo, á hablar.

—De todas maneras, yo creo que usted cree que deben ir allá, al Parlamento, personas que hoy no van á él.

—No, yo no creo eso. Lo que yo creo es que cuantos sentimos el mal de que nuestro Parlamento no sea verdaderamente representativo y sí solo una vergozosa ficción—donde se falsifica todo, hasta los enojos y las rupturas, y se ponen dos compadres de acuerdo para que aparezca el uno enmascarado con el otro y echándole de su puesto—y sabemos que eso es así por no haber verdadera opinión pública, debemos trabajar, fuera del Parlamento, ¡claro está!, porque llegue á haberla, y que luego, cuando la haya—probablemente cuando blanqueen nuestros huesos—, haga esa opinión un Parlamento de verdad. En el cual, probablemente, no estarán bien los que contribuyeron á hacer la opinión pública. Debemos contribuir á hacer la opinión pública, no para que ésta nos llame luego á representarla. Porque no son los forjadores de conciencia pública los que mejor la pueden representar después de forjada. Su obligación es no detenerse nunca, y el que acepta la representación de un momento de conciencia, se detiene. El que siembra ideas no puede ni debe detenerse á cosechar la mies de ellas, sino que debe ir á otro campo á sembrar otras nuevas. Spencer se negó á ir al Parlamento inglés, é hizo bien, y Costa hizo muy bien en no sentarse en el escaño que se le había dado. Cada uno en su sitio. Y el mío, mi querido amigo, está aquí.

—Pero acaso su puesto...

—Permítame, y acabemos por ahora. Yo sé cuál es mi puesto. Porque, como mi señor don Quijote, que para nadie fué más loco que para maese Pedro, yo sé quién soy! Y nada más.